



GABRIELA MISTRAL, MAESTRA DE MAESTROS

DESDE su modesta casa de Vicuña, pasar
★ do por la corte de Sueta, para detenerse
en el doloroso lecho de un morral com-
mún. En tierra extraña, el arco rutilante que
describe la vida de Gabriela Mistral ilumina
nuestras letras y las del mundo, ora con la
distinta claridad de la ternura, ora con el día
luminoso resplandor de su potente inspira-
ción.

Aparentando hijos ajenos, aprendió en
ellos a ser madre, a crear arrugas y a imaginar
rondas en que infantes de todas las razas vo-
laban como flores, el planeta, del que quiso
desenterrar para siempre la angustia de los pre-
ciosos donados, tres cuya huella de luz viva
fue remanente siempre con "candelitas de co-
ma temblorosas" y deseando ser "una madre
que las madres".

La maternidad que reemplazó por las ve-
las, le inspiró páginas de inolvidable dulzura,
en ellas, el hijo que no tuvo se hizo carne y
recorrerá los siglos céniticos entre las hojas de sus
libros sin abandonar, como ella temiera, a re-
ta "mañer sola y dormida" que escribió para
el las bellísimas catequistas de casa que lo me-
cerán en el regazo de todas las madres del
tiempo, envuelto en los brazos de la suya.

Maestra por sobre todo, entregó a los
maestros un plan de vida esbozado en su céle-
bre "Oración de la Maestra", en la que la real-
idad de la enseñanza se vuelve toda poesía y
sentimiento corroborados por la totalidad de
la obra poética en la que se dibuja con nitidez
el perfil de la poeta total, la que enseña
con dulzura y sencillez, la que se entrega
por entero, poniendo con amor un sello eter-
no e indeleble en los hijos de "otras razas":

"En el saber de tu hijo, de ella hay más
que el t", dice en "La Maestra Rural".

Su magisterio se proyecta más allá de la
escuela: va enseñando a todos, aún a los que
hace mucho dejaron la infancia, lo que logró
explicar en su paso por el mundo. Sabe enseñar
la belleza porque su sensibilidad espiritual
siempre encontraba donde nadie intenta si-
camente: en el dolor, en la vejez, en la miseria
y hasta en el humilde espino. Sabe enseñar
a amar porque suplico con todos los aciertos a
un Dios accesible y fraternal, confidente en la
ternura y árbitro en la angustia. Pudo ense-
ñar a amar porque conoce todas las gimas del
amor, desde la pasión exaltada hasta el dor-
dor lacrimante y destructor en "el que fueron
dichas todas las palabras".

El amor de la tierra nativa, de la que se
la siente presente pero no distante, late en su
prosa esmaltada por la ingenuidad de las
flores silvestres, que lamenta no saber nom-
brar, por el cristal azul, los ríos azules o por
el fervor resplandor de las ciudades esmeral-
dadas con motivo de alguna festividad. Visto
se trata de entender y amar su tierra y su
aire contrasta toda, desde la formidable muer-
ta de los Andes, hasta la quietud del valle
sereno; desde el desierto ardiente hasta la
helada e inabarcable Patagonia. Al mismo tiempo
agrega un mapa audible, en el que se oye vibrar,
cumpliendo el mandamiento bíblico, que ella
conoce muy bien, a la esforzada voz de su
cara mientras arranca sus frutos al suelo
mezclando el canto a la labor, subrayada en el
norte por el retálico burgar del arco en las
vitrinas de la tierra; apenas audible en el
sur, entre el retumbar de las mareas y del viento
para callar, por fin entre las nubes.

Lejos de ese mundo que en el sur, de su
líquid nativo de su valle central sus celebra-
do, de sus volcanes y sus huacos, sigue vibrando
en él y, amándose de olvidados, lo siente, lo
retrata y lo hace amar en las alamedas por-



verleñas en el costoso "acondido" y en el pe-
ño de sus hombres y mujeres.

Los recuerdos que quedan a Chile también
a su gente: el todo escrito de la escritora, va
siendo a algunos y citando esperanzas en
otros; delatando de las desastrosas prematu-
ras y tratando de abrir paso a su voz en la
conciencia de la herencia, que lucha insepa-
rando, a veces, el verso a su palabra al
abogar por la justicia y la cultura.

Siempre maestra mientras existía a Chile
a los extraños, fue trayendo hasta los suyos
las imágenes de su Francia, de su Italia o de
su España, haciéndoles gustar "la dulzura de
la geografía" aprendida en sus viajes; al pesar
de ella, el hambre de la patria la asalta y, des-
de lejos, la define impartiendo una lección de
amor patriótico integral en el "Recado para
Indo Iyúo sobre otras flores".

"Cuando la patria se siente, lo que ex-
pa de nosotros no es sólo un ser: es el es-
pacio en cuatro dimensiones. Yo suelo estar
de meteo, por ejemplo, el espacio aéreo en la
bocanada marítima; y el espacio vertical de
los rielados en la mina, y la vertión racial que,
siendo silenciosa, cuenta igualmente como
espacio".

Se durmió lejos, lejos también se le había
dado el primer espaldarazo de la gloria litera-
ria, pero de cuando hoy entre los vapores en la
región que le vio nacer de vida, en la ent-
rona y está como pocos nortea y arista; asen-
da en plañido, transivente sobre el tiempo; at-
na para siempre a dolores y amarguras.

ANA MARTINEZ ZUNIGA
Valparaíso, 1946.

Gabriela Mistral, maestra de maestros [artículo] Ana Martínez Zúñiga.

Libros y documentos

AUTORÍA

Martínez Zúñiga, Ana

FECHA DE PUBLICACIÓN

1976

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Gabriela Mistral, maestra de maestros [artículo] Ana Martínez Zúñiga. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile